

Carmen Iglesias

No siempre lo peor es cierto

Estudios sobre Historia de España



Galaxia Gutenberg

Carmen Iglesias

No siempre
lo peor es cierto

Estudios sobre Historia de España

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: 2008
Primera edición en este formato: enero 2017

© Carmen Iglesias Cano, 2008, 2017
Ilustraciones del interior: Museo del Prado (p. 318);
© The Bridgeman Art Library/Index (p. 323); © Aisa (p. 327)
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 564-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-83-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mis amigos

ÍNDICE

PRÓLOGO	19
I. ESPAÑA DESDE FUERA	39
Introducción y notas generales.....	41
Por qué ocuparse de la visión o imagen de España «desde fuera»	41
La imagen de España desde fuera y su repercusión interna.....	43
Estereotipos significativos y sus contextos.....	50
Origen e historicidad de imágenes de España.....	55
Siglos XVI y XVII y antecedentes.....	55
Italia.....	55
Alemania	63
Países Bajos	68
Inglaterra	71
Francia	74
La influencia cultural española.....	77
Del siglo XVIII al XX	77
II. EL GOBIERNO DE LA MONARQUÍA	93
Los territorios de la monarquía	103
Extensión y títulos	103
Reinos, coronas, monarquía	105
Reinos y coronas. La mezcla de títulos.....	105
Unidad y no uniformidad.....	108
Concepto de monarquía.....	110
La formación del Estado en la Europa moderna	112

Legitimación y articulación ideológica del poder . . .	117
Absolutismo y monarquía. Concepción de la soberanía	117
Orígenes teológicos y proceso secularizador	120
Poder soberano y Derecho. Los límites del poder soberano	122
La soberanía en España. Soberanía y burocracia	124
Razón de Estado y legalidad política autónoma.	
Maquiavelo y el maquiavelismo	126
La política cristiana. El reino de la justicia y la nueva <i>ratio</i>	128
La educación del Príncipe. La virtud de la prudencia. La reputación	131
La planta de la monarquía	135
Consejos, secretarios, Juntas	136
El sistema polisinodial	136
Consejos y Juntas	138
Los secretarios	141
«El tejido institucional de los reinos»	143
Un rey papelista	147

III. UNA IMAGEN «ORIENTAL» DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVIII. 151

IV. EDUCACIÓN Y PENSAMIENTO	173
Preliminar	175
La nueva idea de educación que se desarrolla en la Ilustración.	177
La influencia de Locke	177
Educación y felicidad social	179
Educación nacional y autoridad política	184
La nueva ciencia y el método	188
Perfectibilidad de la naturaleza humana y educación	190
Las pasiones y el interés en la educación	192

Tensiones entre dirigismo y libertad.	
La utilidad	194
Algunas consideraciones sobre las reformas educativas en el reinado de Carlos III	196
V. LA NUEVA SOCIABILIDAD: MUJERES NOBLES Y SALONES LITERARIOS Y POLÍTICOS	207
Introducción. Las mujeres y la palabra.	
Del Renacimiento al siglo XVIII	209
La <i>chambre bleue</i> . Un nuevo espacio «público»	210
Enclaustramiento y silencio de las mujeres	214
Cultura y conventos femeninos	223
El siglo de la Ilustración en España y las mujeres. .	231
Protagonismo femenino en el siglo XVIII	231
Algunos salones madrileños	240
Condesa de Lemos	241
Marquesa de Fuerte Híjar	243
Condesa de Benavente	245
Condesa de Montijo	250
La Junta de Damas y su acción social	254
La Comisión de Educación	
y las «Escuelas Patrióticas»	261
La Inclusa de Madrid	265
La Asociación de Señoras de las Cárceles.	
Las presas de La Galera	267
El proyecto de un «traje nacional mujeril» . .	270
A modo de resumen	274
VI. NOTAS SOBRE «LAS MUJERES EN TIEMPOS DE GOYA»	277
Demografía, nupcialidad, mortalidad	279
La sumisión al varón	284
El trabajo de las mujeres	286
Matrimonio o convento. La crítica ilustrada	289
Educación de las mujeres	294
Nuevos tiempos, nuevas costumbres	299
El cortejo	299

La lectura	301
Relaciones afectivas. Nuevas articulaciones de lo público y lo privado	304
Del modelo ilustrado al del «ángel del hogar» . . .	307

VII. INFANCIA Y FAMILIA EN EL ANTIGUO

RÉGIMEN.	309
La muerte siempre presente	314
Demografía y vida familiar	314
Las edades infantiles	317
Del nacimiento a los dos-cuatro años.	317
De los dos años a los siete. Del destete a la «edad de la razón»	322
De siete-diez años a catorce-quince. Pubertad y educación	325
Los niños no deseados. Infanticidio, aborto, abandono.	331
Familia, Iglesia, Estado. La educación de los hijos	334

VIII. LA NOBLEZA ILUSTRADA:

EL CONDE DE ARANDA	341
Cambios en la nobleza española del siglo XVIII	345
Milicia, diplomacia, política. Actividades del conde de Aranda	356
Carácter y vida familiar. Las enemistades políticas.	369
Un Aranda que nunca existió.	377
El «partido aragonés» y la monarquía polisinodial.	381
Las Indias y la independencia de América	387
El final de una vida. Última ascensión y caída	393

IX. AMÉRICA Y LA LIBERTAD	397
-------------------------------------	-----

X. EL FIN DEL SIGLO XVIII: LA ENTRADA	
EN LA CONTEMPORANEIDAD	407
Autoconciencia de «siglo»	411
El impacto de la Revolución.	415
Tensiones en el fin de siglo	417
El espíritu de nación.	424
Una nueva axiología	431
Las aportaciones españolas. El genio de Goya y su visión de un mundo distinto.	436
España como potencia al acabar el siglo XVIII.	438
XI. ESPAÑA-FRANCIA: ESPEJOS Y PARADOJAS	
EN EL SIGLO DE LAS LUCES	445
Realidad y percepción	447
El siglo francés por excelencia.	449
Entre la fascinación y el rechazo	457
Viajeros y estereotipos	457
Educación y cultura. Libros, traducciones, lenguaje.	465
La moda	471
Espejos múltiples y paradojas.	475
XII. EL DRAMA DE LOS AFRANCESADOS.	
PATRIOTAS O TRAIADORES	479
Una guerra «gloriosa y fatal».	488
Los afrancesados, josefinos, infidos... o napoleónicos	493
XIII. MENÉNDEZ PELAYO Y EL SIGLO	
DE LAS LUCES	501
Aspectos generales	503
El impacto de una obra enciclopédica	503
Una arquitectura taxonómica y compleja. El «efecto Balaam».	504
El rigor metodológico y la escritura. La honestidad intelectual	507

El siglo XVIII	
Juicios generales. El «afrancesamiento» del siglo	512
Tradición española. Apologética	517
¿La divina <i>Commedia</i> ... de la erudición?	519
La revisión historiográfica del XVIII en el siglo XX	525
Apuntes sobre <i>La ciencia española</i> y sobre el mito de «las dos Españas»	533
XIV. CULTURA, POLÍTICA E HISTORIA	
EN EL SIGLO XIX	541
Contexto internacional	543
La guerra de Crimea y el nuevo equilibrio europeo	543
Conflictos sociales y bélicos. Orden y paz. Utopías y fe en el progreso	547
España en 1856	548
El reinado de Isabel II. Algunas notas generales	549
Afianzamiento del liberalismo político y económico	551
Crecimiento económico. Valores y actitudes	551
Corona, Ejército, partidos políticos: el funcionamiento del sistema	555
Burocracia y Administración	559
Romanticismo	563
XV. FINES DE SIGLO Y SENTIMIENTO	
DE CRISIS. 1898: IMÁGENES Y REALIDAD	573
El tiempo de cada siglo	575
Fin de siglo y fin del mundo. La utopía del milenarismo	579
Del siglo XIX al XX	582
El 98. Imágenes, realidad y proyecciones posteriores	589

España en el contexto internacional	591
La pérdida de la guerra con Norteamérica	595
Un régimen constitucional y un sistema económico sostenido	600
El impulso del 98	602
XVI. LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA	
EN ESPAÑA (1975-1978)	605
Un hecho histórico: sentido de realidad y memoria	609
Rupturas y continuidades.	609
Las reglas del juego	613
Palabras y realidad.	615
XVII. LAS CONSTITUCIONES DE 1931 Y DE 1978	621
Del liberalismo a las democracias liberales.	
Los dos principios básicos.	625
Dos tradiciones	629
Continuidades y diferencias	632
Línea de continuidad.	632
Diferencias radicales	634
Los datos históricos	634
Procesos constituyentes	639
Sobre la Transición y la Constitución de 1978. Algunos rasgos definitorios	646
Resolución de los <i>temas polémicos</i> en 1931 y en 1978	652
Tema religioso	652
Otros problemas	654
Monarquía-República y organización territorial del Estado	655
La estabilidad constitucional	664

XVIII. CAMBIOS CULTURALES EN LA SOCIEDAD	
ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA	667
Introducción	669
Cultura y valores	671
Una metáfora de la cultura y del conocimiento	
del mundo	673
Opiniones.	674
Actitudes	674
Valores	676
Vida personal y vida pública	679
Actitudes, comportamientos, valores.	682
La necesidad de consonancia	682
Valores y conflicto de obligaciones.	685
Los españoles en los setenta y en los noventa.	688
La incertidumbre de la historia. Contra	
la historia esencialista de España	689
Actitudes principales.	694
Imagen de sí mismos. La autoestima	695
Actitudes en relación con el mundo	
exterior y con los demás	698
La confianza	698
Un sentimiento de provisionalidad	702
El cambio de los años noventa. La confianza	
en la democracia... y en la familia	703
Una nueva cultura política	705
Igualitarismo y desigualdad social.	710
La irrupción de las mujeres en el espacio	
público	714
A modo de recapitulación. Otras instituciones,	
otros valores	719
XIX. ELOGIO DE LA CONCORDIA	723
APÉNDICES. ESTUDIOS DE HISTORIA	
DE LAS IDEAS	739

I. FUNDAMENTOS DEL ESTADO LAICO:	
MARSILIO DE PADUA.	741
La biografía de su fama	743
Marsilio en su contexto histórico.	748
La doctrina del <i>Defensor de la Paz</i>	754
Dictio I. La búsqueda de la paz y la felicidad civil	754
El naturalismo aristotélico	756
La comunidad civil y la clase sacerdotal.	759
Voluntarismo y artificio. La pluralidad de regímenes	762
La Ley y el Legislador: el principio de soberanía popular. Consentimiento y elección	763
Dictio II. La Doctrina Eclesiológica.	770
La ley divina.	771
La concepción marsiliana de la Iglesia y el ataque a la jerarquización eclesiástica.	772
El ataque al Papado y a las propiedades eclesiásticas	774
Las Escrituras y el Concilio General. Bizantinismo político.	775
A modo de conclusiones.	777
II. LOS HOMBRES DETRÁS DE LAS IDEAS.	
IDEAS, IDEOLOGÍAS Y UTOPIÁS.	781
Preámbulo	783
Algunos puntos nodales de la historia de las ideas	784
Proceso de ideación y realidad histórica. La conducta significativa de los hombres	787
Los hombres y la objetivación de las ideas.	799
Ideas, ideologías, utopías	804
III. UTOPIÁ E HISTORIA	
La utopía en la bibliografía de Maravall	817
La <i>imagen mental</i> de la realidad	822

Utopías y pensamiento utópico	825
Dos líneas principales.	828
Surgimiento del pensamiento utópico	
en el Renacimiento.	828
Milenarismo frente a utopía.	831
Utopías de evasión	834
Contrautopía	835
Utopía pastoril-caballeresca como utopía	
de evasión	836
Utopías de reconstrucción	843
Reformismo	844
Utopía e historia	845
<i>Notas</i>	853
<i>Bibliografía</i>	953
<i>Procedencia de los trabajos</i>	999
<i>Índice onomástico</i>	1001

PRÓLOGO

–A quien ya le ha persuadido
la apariencia de un engaño,
tarde o nunca el desengaño
pondrá su queja en olvido:
y más cuando él de su parte
tan poco hace por creer
que pudo ser o no pudo ser.
[...]

–...¿Al fin no me creerás?
No, porque dice un adagio:
«Siempre es cierto lo peor».
–Yo le enmendaré, mudando:
«No siempre lo peor es cierto».

Calderón de la Barca,
No siempre lo peor es cierto (comedia)

I

Los títulos tan expresivos y la ironía de contenidos en algunas de las comedias calderonianas, como la que se cita más arriba o la de *Peor está que estaba*, entre otras, siempre me han recordado ciertas actitudes estereotipadas que se reproducen entre los propios españoles con relación a su propia historia e incluso a su propia cultura. Si se escuchan o se leen cualesquiera debates sobre algún punto más o menos controvertido de la historia de España, siempre habrá un comentarista –sea historiador, ensayista, escritor de ficción, periodista o simple aficionado a la historia– que sentenciará negativamente y sin

remisión sobre esos hechos pasados como algo de lo que hay que lamentarse o avergonzarse. Y si se intenta explicar un *contexto histórico* en el que tales hechos se desarrollan, bajo unos valores y una visión del mundo y de los humanos muy diferentes de los de nuestra época actual, al tiempo que se compara lo sucedido en España con los otros países del área occidental, siempre habrá un rayo jupiterino que caerá sobre tales matizaciones, acusándolas de enmascaramiento y motivaciones oscuras e inconfesables. La historia de España *tiene que ser*, según los doctrinarios de turno, la *peor* opción de las posibles, algo casi inevitable y determinado «en este país» (pronúnciese la frase siempre con aire resignado u ofendido) y ninguna otra consideración es admisible. Lo *políticamente correcto* ha sido durante mucho tiempo la proyección de un *presentismo* amargo sobre el pasado y esta concepción, refrendada directamente por la distorsión de la historia en cuarenta años de franquismo, perdura como estereotipo general incluso en democracia, a pesar de los esfuerzos historiográficos de casi tres generaciones de historiadores por demostrar una historia menos estereotipada y matizar contra los frecuentes impulsos de *adanismo* con los que de forma interesada, generalmente desde el campo político, se intenta a veces *refundar* este viejo país que es España.

La franja generacional a la que pertenezco recibimos en general, como enseñanza histórica bajo el franquismo y a través de manuales y propaganda de la época, una brutal distorsión de la historia, si bien en muchas ocasiones tuvimos la suerte de contar con una parte del profesorado —especialmente en la enseñanza media de los excelentes institutos públicos de los años cincuenta y sesenta, pero también en primaria y en la universidad— que matizaban el maniqueísmo oficial y nos hacían pensar y conocer textos que a la larga serían los decisivos en la evolución intelectual y emocional de muchos de nosotros. Sin embargo, la visión negativa de la historia pasada se ha mantenido en amplias franjas del imaginario colectivo, ya posteriormente en democracia todavía con fuerza; se han cambiado algunos contenidos, pero en lo que podríamos llamar «el péndulo antifranquista» como reacción al período anterior, perdura con frecuencia una visión maniquea y doc-

trinaria, fácil de exacerbar por manipuladores políticos o mediáticos. Si desde el franquismo se veía toda la historia pasada, salvando a los Reyes Católicos y –sólo en parte– a Felipe II, como una sucesión aberrante de épocas disparatadas –hasta llegar naturalmente al régimen dictatorial de 1939, en que se iniciaba la nueva era–, desde los sectores opuestos de la izquierda se coincidía, por distintas motivaciones, en el mismo diagnóstico, que atribuían la situación lamentable del presente a los errores de un pasado en bloque siempre negativo. Toda una historia continuada de *decadencia* explicaba esta coincidencia, independientemente de que la decadencia comenzase antes o después. Desde la derecha y desde la izquierda se aseguraba –como digo por distintas motivaciones pero con un diagnóstico común– la imparable decadencia del siglo XVII, sin ahorrar la condena tajante de la «conquista de América» en el siglo XVI, el nulo interés del siglo XVIII español –negado por unos como extranjerizante y por otros como poco reformista e insuficientemente «revolucionario»–, el desastre indiscutible del siglo XIX con el liberalismo pecador y las guerras carlistas feroces más la pérdida colonial, y una primera mitad del siglo XX perdido en disputas partidistas, luchas sociales sin cuartel y la *inevitable* guerra civil entre los bandos de «las dos Españas». Varios rasgos eran coincidentes: la visión de la historia en blanco y negro, sólo buenos y malos, rojos y azules; la creencia de que al fin la llegada al poder de un bando permitiría empezar «desde cero» una nueva era (cuántas veces, ya en democracia, hemos tenido que soportar el *adanismo* de algunos políticos, a derecha e izquierda, a los que hemos oído pregonar que por fin y «por primera y única vez» España había encontrado «su» camino, superando «*quinientos años (!) de aislamiento*» y otras muchas cosas lamentables y arrogantes por el estilo con las que pretenden ser nuestros *salvadores*, algo que removería de recelo justificado a Montesquieu en su tumba); la negación por tanto de apenas nada positivo hasta el momento presente como mucho, pues también sobre el momento presente se proyecta el pesimismo de una visión de la historia y de los españoles como seres irreconciliables y naturalmente enfrentados entre el bien y el mal. El imaginario iluso de las «ocasio-

nes perdidas» y la nostalgia idealizada –e ideologizada– de imposibles vueltas a inexistentes «paraísos» perdidos perturba todavía a veces la convivencia presente y, sobre todo, los proyectos de futuro. En definitiva, la confusión clara entre política e historia, entre ideologías de grupos políticos determinados y el análisis historiográfico, el único que, con las limitaciones que todo conocimiento objetivo sabemos que tiene, proporciona un amplio abanico de datos, interpretaciones y marcos de comparación con épocas y países del área, que pueden dar densidad y profundidad al conocimiento de la historia.

Así, ciertos estereotipos hipercríticos y ciertas falsedades e ignorancias de la historia de España y de sus territorios se han introducido de una forma tan emocional en la imagen mental de varias generaciones de españoles que, bien por creer en ellos con mejor o peor buena fe, bien por reacción tan contraria que caen en el extremo opuesto pero sin salir del corsé de los tópicos, han repercutido en la *acción* sobre la realidad y han contribuido a originar en ocasiones distorsiones que, aprovechadas políticamente por lo que también Montesquieu temía como *el afán de poder sin límites que existe en la condición humana*, conducen a situaciones paradójicas, cuando no peligrosas, para la estabilidad y la convivencia. Muchos de estos estereotipos y falsedades han funcionado al modo de esas grandes esquematizaciones de otras épocas dogmáticas que don Julio Caro Baroja comparaba con llaves maestras que, en lugar de servir para abrir puertas y horizontes, se transformaban en realidad en ganzúas que destrozan todas las puertas y salidas.

Confundir la correlación de acontecimientos con una relación causa-efecto es uno de los obstáculos –una de esas *ganzúas* carobarojanianas– que imposibilita una comprensión histórica, pues con frecuencia esta supuesta *causalidad* está basada en un *finalismo* o *determinismo* que proyecta el conocimiento de lo que pasó sobre los sucesos que estaban pasando. Unido a lo que Maravall Casesnoves, entre otros historiadores, llamó el «narcisismo de la diferencia» o la «nostalgia de la diferenciación», el creer que nuestras experiencias históricas son excepcionales, y confundir la *singu-*

laridad de cada momento histórico con una mitología de la *excepcionalidad*, que puede aplicarse a la historia general de España o a un territorio determinado en la mentalidad nacionalista de algunas autonomías, suele además conducir a un *victimismo* que gira una y otra vez sobre sí mismo.

A veces, han tenido que venir los estudiosos hispanistas a deshacer algunos de los tópicos y simplificaciones con que el español medio común –incluido el universitario y el profesional culto– se maneja por la vida. La imagen histórica que los españoles han interiorizado durante muchas décadas de dictadura ha tenido con cierta frecuencia, como decía, un extraño efecto pendular y se ha proyectado sin matices contra el pasado histórico: de lo mejor a lo peor, del esnobismo admirativo por todo lo que viene de fuera a su rechazo xenófobo, del aislamiento orgulloso a la imitación servil. Imagen pendular generalmente resuelta en lo que a veces se ha llamado una «descalificación de la realidad», en la que «todo contra-tiempo se ve como síntoma de decadencia». John Elliott ha recordado frecuentemente que «en España siempre se espera lo peor», a veces con independencia de los propios datos reales, otras con razones fundamentadas, pero casi siempre con pesimismo y con cierta pereza abandonista en las propias élites que evita el esfuerzo y la energía de buscar soluciones. Un presunto «pesimismo existencial» que poco tiene que ver con el necesario *pesimismo de la inteligencia* o metodológico, que puede impulsar la voluntad y la acción para intentar no repetir los errores. Una paciente historia comparada acaba deshaciendo viejos mitos, aunque éstos permanezcan agazapados en la mentalidad tradicional de muchos españoles, por inercia o por ignorancia. Como se recoge en el primer texto de este libro, «España desde fuera», hace tiempo que Fernand Braudel señalaba que las guerras civiles no son exclusivas de España, ni tampoco se deben a ninguna fatalidad.

Recorridos igualmente conflictivos podríamos fácilmente hacer en la historia de los demás países europeos, según distintas épocas de su desarrollo: Alemania, Italia, la propia Inglaterra, diferenciadas cada una en sus resultados, pero con episodios desgarradores, exilios y guerras civiles intermiten-

tes. No se trata de poner todo al mismo nivel, pero sí de intentar destruir los mitos de la excepcionalidad extrema o los estereotipos de «caracteres nacionales» siempre iguales a sí mismos y, por tanto, determinados históricamente y obsoletos desde el punto de vista historiográfico de la contemporaneidad.

Pues, como dice el título de una obra del también hispanista Geoffrey Parker, referida a la monarquía hispánica de Felipe II, «el éxito nunca es definitivo», a lo que habría que añadir que «el fracaso» tampoco lo es. En realidad, lo que es un error es acercarse a la historia en términos de «éxito» o «fracaso» y tomar como modelos rígidos unos determinados procesos históricos –en nuestro medio cultural, el inglés o el francés–, a los cuales –como en el lecho de Procrusto– hay que amoldarse. La realidad es bastante más compleja. De todo ello es de lo que se trata, indirectamente y a través de episodios concretos, en las páginas que siguen.

II

Quizá lo que no hay tampoco que olvidar, y de ahí el riesgo, es que esas ganzúas de las que hablaba Caro Baroja *crean realidad*. Y dado que, como nos han enseñado todas las ciencias sociales desde el último cuarto del siglo xx, existe una reciprocidad entre la percepción que tenemos de las cosas y las acciones que sobre ellas proyectamos y realizamos, es importante que la percepción de esa realidad –que forzosamente pasa por los filtros de nuestra *memoria*– no sea a través de ganzúas estereotipadas que destrozan lo que tocan, sino de llaves engrasadas y ajustadas lo más posible a las puertas siempre abiertas de la historia. Y ello porque otra consecuencia de las visiones estereotipadas y falsas de la historia es su potencial *determinismo*. Pensar que «todo es lo mismo» o no distinguir más que entre lo blanco y lo negro empobrece el abanico de opciones en todos los sectores de la vida individual y colectiva. En definitiva, actuamos en función de lo que percibimos y creamos realidad en esa interacción. Las *profecías autocumplidoras* –lo que uno espera hace lo posible, incluso inconscientemen-

te, para que se cumpla— pueden funcionar para lo positivo y para lo negativo, para la concordia y bienestar o para el enfrentamiento y resentimiento eterno.

La historia como *relato razonado* —muy diferente de la memoria subjetiva y del recuerdo emocional— no debe pretender adjudicarse la arrogancia moral de juzgar a nadie, como advertía Lucien Febvre; los historiadores no son «jueces suplentes del Valle de Josaphat», sino que se trata de intentar comprender por qué los humanos han actuado de una determinada manera y no de otra, dentro de unas coordenadas dadas, y hacerlo con rigor y transparencia. El juego de *necesidad, azar y voluntad* que es la vida humana se distribuye en los acontecimientos históricos de muy diversas maneras. La narración histórica no es matemática, pero tampoco es arbitrariedad. Pertenece al Mundo Tres popperiano, que recoge lo que los humanos han hecho y pensado y objetivado en obras materiales —escritura, arte, arqueología, rituales, modos y comportamientos, etc.— que podemos conocer en alguna medida. El respeto a los documentos y la coherencia interna del relato son imprescindibles.* La narración histórica dentro de la mayor objetividad posible y su comprensión es muy diferente de su justificación; la historia no es «un ladrillo que arrojar a la cabeza del contrario» sino una efusiva *reconstrucción* de cada momento histórico lo más honesta posible intelectualmente, en función de los datos investigados que se poseen, que se brinda al lector o al estudioso, al ciudadano en suma, de forma que, además del conocimiento en sí del pasado, en la mayor medida de lo posible, tenga, si así lo quiere, elementos para poder decidir su propia postura en el presente y su elección para el futuro: lo que de ninguna manera tiene que volver a repetirse.

* No es éste el lugar para la eterna discusión sobre los límites de la presunta *objetividad*, sobre las posibles limitaciones de ese rigor y transparencia que se exige en toda obra historiográfica —como por lo demás en cualesquiera otros sectores del conocimiento—. Me he ocupado de esa cuestión en «De Historia y de Literatura como elementos de ficción», Madrid, Real Academia Española, 2002 (discurso de ingreso a la Academia leído el 30 de septiembre de 2002).

Si se tiene en cuenta que, como decía Paul Ricoeur –y se repite en algunas de las páginas de estos artículos–, los proyectos fundamentales que hacemos en el presente se apoyan en las historias que nos contamos del pasado; si se recuerda que hay una cierta reciprocidad entre la capacidad de hacer proyectos y la capacidad de darse una memoria, se comprende la importancia de conocer y comprender esa memoria que es nuestra historia (nunca confundible, como ya he dicho, con la memoria individual ni con el recuerdo emocional subjetivo de cada uno, ni con el manipulado por intereses políticos y luchas por el poder; con frecuencia, echar las culpas al pasado sirve para eludir los fracasos del presente), sino una historia como ciencia –lo más objetivada posible– en el sentido citado de Popper, que tiene una función primordial: *la de mantener abierto el futuro*. Somos, en bellas palabras de Martin Buber, «miembros de una comunidad del recuerdo». Y en España esa «comunidad del recuerdo» ha aparecido con frecuencia tremendamente sesgada. Por motivos múltiples y complejos –algunos de ellos se desarrollan, directa o indirectamente, en varias monografías insertas en este volumen–, somos un pueblo cuyas élites han interiorizado en mayor o menor medida la leyenda negra de su pasado, a veces en un ejercicio de autoflagelación (que naturalmente provoca la reacción extrema contraria: soberbia o arrogancia y también falsa superioridad) y de cierto complejo de inferioridad, que no deja de asombrar a los propios extranjeros. Pues una cosa es la potente línea de «tradición crítica» que, en línea con algo que es característico de la cultura occidental, transmiten directa o indirectamente nuestros escritores (la «tradición crítica» que José María Ridaó reivindica en su *Elogio de la imperfección*, la «estirpe de Cervantes» en sus bellas palabras) y que precisamente confirma la pluralidad de tradiciones en contra de cualquier maniqueísmo esencialista, y otra cosa es esa visión general negativa que tan bien saben distinguir los estudiosos extranjeros al acercarse a nuestra historia.

Dicho quizá de otra manera, tal vez falta en nuestra civilidad española algo fundamental para la comprensión de nuestro pasado y el conocimiento e interiorización de nuestra

historia; como también he escrito al hablar de la Transición de 1978 y de la concordia –o de la llamativa falta de *confianza* observable en los valores ciudadanos todavía después de treinta años de democracia, en la creencia de que todo juego es de «sumas a cero», o de que el Estado es quien puede arreglar todos los desajustes–; falta quizás esa *piedad*, la necesaria *empatía* de la que hablaban y daban ejemplo los griegos clásicos, imprescindible tanto para el conocimiento como para el juicio moral. Falta de *piedad* por falta de comprensión; a veces, simplemente por la pereza e inercia de adherirse a un esquema *único* que simplifica la compleja realidad y facilita la acomodación, con las ventajas consiguientes, en la línea *correcta políticamente* del momento. Whitehead decía en alguna ocasión que con frecuencia los humanos «haríamos casi cualquier cosa por evitar pensar». Muchos de los aspectos de nuestra sociedad de consumo y de ocio trivial así lo atestiguarían.

Quizás el punto intermedio entre evitar pensar y la obsesión de concentrarse en uno mismo –ese interminable lamento sobre el «ser de España», trasladado ahora inclusive al «ser» de algunas autonomías, un narcisismo en preguntarse *quiénes somos* que, en la actualidad globalizada, no tiene parangón con ninguno de los otros grandes países de nuestra área occidental– sea el equilibrio que impulsa hacia delante. No nos vaya a pasar como a aquel ciempiés, engañado por el envidioso sapo, una fábula que siempre me parece útil recordar: orgulloso de sus cien patas, el ciempiés se desconcierta al aceptar la pregunta malévola del sapo: «¿Cómo consigues mover las cien patas, primero una y luego las otras noventa y nueve? ¿O más bien las cincuenta del lado derecho después de las del izquierdo? ¿O justo al revés?». El pobre ciempiés se pone a pensar y hace pruebas con sus patas para ver cómo, por qué y en qué sentido se mueven. El resultado es que se queda paralizado; incapaz de andar al proyectar sus energías sobre su forma de moverse y de ser, abandona desesperadamente la acción y se deja morir.

III

Las monografías, ensayos y conferencias que se recogen en este volumen tienen diversa procedencia y abarcan diferentes épocas de nuestra historia, desde el siglo XVI al siglo XXI; son trabajos que he ido realizando desde finales de los años ochenta y en los años noventa de fin de siglo (exactamente ocho monografías, incluyendo los apéndices), hasta estos primeros años del nuevo milenio que son la mayoría (once estudios más) y que engloban ensayos recientes del año pasado y del mismo 2008 («España-Francia: Espejos y paradojas en el Siglo de las Luces» o «El drama de los afrancesados. Patriotas o traidores», por ejemplo, entre ellos, o «Las Constituciones de 1931 y de 1978», «Cambios culturales en la sociedad española contemporánea», etc.), y que se refieren tanto a temas del siglo XVIII como a los problemas de la Transición democrática del XX o de los cambios de actitudes y valores de los españoles en esta primera década del siglo XXI.

Creo que todos ellos, dentro de la singularidad del período histórico de que tratan, tienen el hilo conductor de buscar un rigor y objetividad en una exposición que pretende llegar a una mayor difusión de públicos que los estrictamente especialistas. La mayoría han surgido de la práctica del oficio de historiadora en la Real Academia de la Historia, en donde, dentro del respeto riguroso a la especialización de cada uno de sus miembros, existe también la saludable tradición de participación transversal de diferentes ópticas históricas alrededor de un tema común (la imagen de España, por ejemplo, o aspectos diversos de la monarquía hispánica en la época de Felipe II, o la crisis de 1898, o la historia constitucional española o la nueva realidad de España a los veinticinco años del reinado de Don Juan Carlos I, u otras conmemoraciones históricas relevantes). Otros temas, sobre todo los que directamente atañen al siglo XVIII y a la Ilustración, proceden en su origen de ciclos de conferencias, participaciones en congresos u homenajes e intervenciones en exposiciones históricas (aunque debo advertir que no he incluido aquí conscientemente ninguno de mis textos que abrían y cerraban los

catálogos de las exposiciones históricas de las que he sido comisaria en esos mismos años, y que han tratado sobre *Carlos III* [1988]; *Felipe II. Un Monarca y su época. La monarquía hispánica* [1998]; *España fin de siglo. 1898* [1988]; *Veinte años de la Constitución Española 1978-1998* [1998]; *Ilustración y proyecto liberal. La lucha contra la pobreza* [2001]; *ABC. Un siglo de cambios* [2003]; *El mundo que vivió Cervantes* [2005-2006]; *Zaragoza y Aragón: Encrucijada de culturas* [2008], ya que considero que todos esos textos constituirían un formato aparte y diferente). También algunos de los ensayos que aquí figuran, especialmente los relativos a la historia de las mujeres, pero no sólo, son producto tanto de la curiosidad investigadora como también de demandas externas que incidían en una preocupación intelectual y vital que obligaba al análisis de aspectos de la historia desde una nueva perspectiva. Finalmente, los estudios sobre los siglos XIX y XX, la Transición democrática y los cambios sobrevenidos en treinta años de monarquía parlamentaria, y especialmente el «Elogio de la concordia» que cierra el corpus principal están igualmente unidos tanto a demandas colectivas de participación como a preocupaciones propias por aspectos de la convivencia histórica de los españoles y por la apuesta por la libertad contra todo abuso de poder.

De acuerdo con mis editores, a los que siempre tengo que agradecer su paciencia, constancia y entusiasmo, y así lo hago muy sinceramente, se incluyen en este volumen tres de esos ensayos bajo la rúbrica de «Apéndices», que responden a coordinadas un tanto distintas. En buena medida, e indirectamente, son homenajes a mis dos maestros principales en el oficio de historiar, definitivamente ausentes pero nunca olvidados, amigos entrañables entre sí: Luis Díez del Corral –cuya cátedra de Historia de las Ideas he tenido el honor de ostentar durante veinte años en la Universidad Complutense y actualmente en la Universidad Rey Juan Carlos– y José Antonio Maravall Casesnoves, ya mencionado. Ambos fueron personas decisivas en mis orientaciones intelectuales y morales, «maestros apasionadamente severos» escribí en alguna ocasión utilizando una frase de Peter Handke, en el sentido de que supieron aunar la exigencia de rigor y serie-

dad con el afecto y una tolerancia viva –«discrepantemente tolerante», le gustaba decir a Maravall–, cálidos y exigentes a la vez, pero «mostrando siempre la existencia y necesidad de que el mundo tenga sus configuraciones». Maestros que abren puertas, pero que sólo a cada uno de nosotros toca el pasarlas, que enseñan con su ejemplo la libertad e independencia y la responsabilidad. Fue un privilegio estar con ellos.

Dentro de sus respectivas especialidades –Historia de las Ideas y de las Formas Políticas, e Historia del Pensamiento Político Español, respectivamente–, se cruzaban los temas generales y los autores concretos y, siendo muy distintos en su escritura y en parte en su metodología, hay dos coincidencias que vienen a cuento de este libro. Por un lado, ambos fueron apasionados *européistas*, intelectuales liberales en contra de todo *ensimismamiento historiográfico* como se solía contemplar la historia de España y, por tanto, defensores de una historia comparada en la que siempre se movieron con soltura y rigor. Por otro, coherentemente con el rechazo de todo provincianismo o ensimismamiento, rechazaron igualmente el profundo *excepcionalismo* –pecado mayor de los historiadores, lo ha definido Elliott años más tarde– y los viejos e interesados eslóganes del «España es diferente», o el de la trágica dualidad de «las dos Españas» del gran maestro Menéndez Pidal. En sus exhaustivos estudios mostraron, directa o indirectamente, la imposible separación de la existencia histórica de los españoles de la historia de los demás países europeos, aun cuando cada uno tenga su propia e intransferible identidad. No quisieron entrar en la discusión apasionada Américo Castro-Sánchez Albornoz, escogiendo centrarse en el análisis de los hechos, actitudes, ideas y creencias, mentalidades, de cada momento histórico concreto. En este sentido, Maravall llevó a cabo un auténtico derribo de las visiones esencialistas de la historia de España y, en contra de todo casticismo nacionalista, echó por la borda de la historia el lastre de la tradición romántica y de un afán de excepcionalidad que acaba apoyándose en el victimismo histórico y en nostalgias ilusorias, fuera de la realidad, pero muy dañinas. En la misma línea de crítica que sus coetáneos y grandes historiadores Domínguez Ortiz o Caro Baroja, combatió el estereotipo de los «caracteres gene-

rales», como he recogido en alguno de mis trabajos aquí incluidos («Una imagen “oriental” de España en el siglo XVIII», en la que se distingue entre el mito de la «pereza congénita» y la realidad de un «ocio forzoso», propio de sociedades preindustriales), o los tópicos sobre el hidalgo español, el pícaro, el hambre en España y en general sobre los grupos marginados:

«[...] ese hombre del Lazarillo –comentaba unos meses antes de su muerte, refiriéndose a su recién publicada obra monumental sobre la picaresca–,¹ que sale de casa rugiéndole las tripas, pero que se limpia ostentosamente con un palillo de dientes; pues bien, esta figura la he encontrado en un poema francés de la misma época. Y hace cuatro años –seguía Maravall– hubo en la Sorbona un coloquio organizado por hispanistas cuyo tema era la marginación y la exclusión en la España del siglo XVI. Yo sabía que ellos iban a plantear este fenómeno como típicamente español y por ello me divertí preparando una colección de citas de escritores franceses del siglo XVI sobre excluidos y marginados, en los que no quedaban dudas sobre la miseria y la marginación en su propio país. Uno de ellos contaba que en las calles de Lyon, durante la noche, no se oía más que «¡Ay, que me muero de hambre!». [...] Y las mujeres iban arrastrándose famélicas y en pleno invierno echaban a sus hijos encima de la nieve, sin tener un solo mendrugo, sin disponer en los pechos ni siquiera de una gota de leche; eso se dice en un documento de la época [...]. Se trata de aspectos que dependen de situaciones históricas y que cambian cuando cambian éstas.

Y algo similar ocurría con otras «singularidades hispanas»:

Un escritor italiano amigo mío, muy progresista por otro lado –continuaba Maravall–, decía literalmente: «En España, como no ha habido burguesía, la ha sustituido el pícaro». Pero qué tendrá que ver, si la burguesía ha salido de gentes no nobles, pero sí honorables; es decir, del artesano rico, del labrador rico, del mercader rico, de las gentes no aristocráticas pero sí bien estimadas en la ciudad. Jamás de los pícaros. Éstos proceden de un sobrante de población pobre... etcétera.

Si hago esta larga cita en un prólogo es porque me parece altamente expresiva de esa puesta en cuestión del mito de excepcionalidad y del ensueño ensimismado o narcisista de la propia historia, del *presentismo* proyectado sin matices sobre el pasado, aspectos todos ellos que tanto combatieron estos maestros. Así como lo hicieron contra generalidades –constructos abstractos– que no responden a realidades comprobables; en este sentido, me parece todavía oír a don José Antonio decir en clase con toda mesura y al tiempo provocación irónica, en respuesta a la impertinencia del tópico más o menos marxista de la época: «¿La burguesía? Es una señora a la que nunca me han presentado. Sólo conozco a “burgueses”: grupos de burgueses muy diferentes: los de las ciudades medievales, o los del período de la revolución industrial, o los mercaderes que se mueven en la época absolutista, etcétera, etcétera».

En un volumen, pues, sobre temas de historia de España, no podía dejar de incluir, de entre los numerosos artículos que, a lo largo de estos años, he escrito sobre Maravall y su aportación a la historiografía española, el que me parece más significativo y más apropiado para el cierre de este libro, si bien fue el más inmediato y, por tanto, junto con una extensa «Semblanza», el primero que le dediqué después de su fallecimiento. Se trata de un análisis sobre «Utopía e historia»,² que responde por lo demás a algunas de las diferentes matizaciones que mantuvimos en charlas añoradas y siempre enriquecedoras sobre un tema –el de la utopía– que forma parte de mi «equipaje intelectual», si así se puede decir, y que he seguido reelaborando desde distintas perspectivas, si bien las bases de lo que podría ser el núcleo fundamental argumental aparecen ya en este temprano trabajo sobre el maestro.³ Las consecuencias trágicas, traducidas en millones de muertos y sufrimiento sin cuento en el pasado siglo, de la utopía del «hombre nuevo», y la estafa mortal que supusieron los totalitarismos o las temibles «utopías de redención» de las que habló magistralmente Agnes Heller, laten conscientemente en las reflexiones de esas páginas.

Los otros dos artículos que figuran como apéndices, son, de otra forma, un homenaje a Díez del Corral. Pese al tiem-

po transcurrido, recordar algunos de los fundamentos del Estado laico en su primer defensor, Marsilio de Padua, no parece nunca fuera de lugar y ese estudio descriptivo de su obra me fue impulsado directamente por don Luis. Yo estaba inmersa y entusiasmada con Guillermo de Occam, de quien me pensaba ocupar especialmente para una de las «lecciones magistrales» de las oposiciones a cátedra, pero él me convenció de que Marsilio, tan heterodoxo, era el pensador *directamente político* que suministró los argumentos decisivos para la separación entre política y religión y, por ende, entre poder religioso –al que situó en la esfera del otro mundo– y el poder civil. Su radicalidad podía llevar en sí, por lo demás, otros elementos de autoritarismo y monopolio estatal que, en posteriores circunstancias históricas, eran susceptibles de aflorar. Todavía sus poderosos argumentos son utilizados en controversias sobre la oración en la escuela en Estados Unidos y problemas similares. Su actualidad y su modernidad en ciertos aspectos siguen siendo asombrosas.

También la reflexión sobre «ideas, ideologías, utopías», es decir, la reflexión sobre la historia cultural, sobre la historia de las ideas políticas, que era el objeto de nuestro oficio, fue impulsada por las conversaciones con don Luis, precisamente en unos momentos confusos y difíciles en la universidad, en donde el dogmatismo y doctrinarismo se imponían sobre la argumentación racional y sobre la historia. Cronológicamente, es el trabajo publicado más antiguo de los que aquí figuran –1987–, pero su elaboración intelectual es todavía anterior y también aparecen ya los temas de las utopías, del totalitarismo, al tiempo que se insiste en la necesidad del pensamiento imaginario y de cierto horizonte utópico. Hoy en día habría que incorporar a esa reflexión sobre «el mundo de las ideas», sobre la adquisición de mundos significativos, y sobre esa condición humana de incertidumbre e «inacabamiento» –del ser humano como *incompletus*–, los avances de la neurobiología, de la lingüística, de las hipótesis y teorías sobre los sistemas de sustitución simbólica y la compleja relación entre «la conciencia y el exocerebro», entre el cerebro como «libro de códigos» –en los términos que Francisco Mora, entre nosotros, y otros neurocientíficos nos están en-

señando— y los *memes* culturales que se interrelacionan con los genéticos, pero me parece que siguen siendo útiles para el profano, en una primera y provisional aproximación, las coordenadas que nos procuraron grupos investigadores como la escuela de Palo Alto o el interaccionismo simbólico. En cualquier caso, fueron base importante, como marcadores generacionales, para la formación intelectual y emocional —y su proyección en la acción y en el discurrir del pensamiento— para muchos de nosotros. Por ello, he creído que también debía figurar este texto en el capítulo de «Apéndices» que, junto con los otros dos anteriores, constituyen un pequeño corpus que, por un lado, supone un nexo discipular y, por otro, son fundamento de una formación intelectual y ética, impulsora, con más o menos aciertos y errores pero con honestidad intelectual, de parte sustancial de una vocación y profesión.

IV

Aunque un libro de estas características tiene la facilidad, acorde con nuestra época fragmentaria y acelerada, y acorde también con la práctica editora en buen número de las universidades anglosajonas, de poder abrirse por cualquiera de los capítulos y leerse con independencia del orden en que aparecen, he preferido en su selección y secuencia optar por la lógica ordenación cronológica en cuanto a su contenido (del siglo XVI al siglo XXI, comenzando por el general sobre la visión de España «desde fuera»), desligándola de la fecha en que fueron escritos por mí. Estas fechas abarcan, como he dicho, trabajos de finales de los ochenta y los noventa hasta los más recientes de 2007 y 2008; aparecen en la nota correspondiente a cada uno sobre «Procedencia de los trabajos» y es obligada en primer lugar por respeto al lector. Como decía Fernández Montesinos, hay que trabajar con rigor y disciplina y para ello, cuando se inflige a los otros con una teoría, hay que mostrarles las pruebas, o las tentativas de pruebas; de ahí la importancia y necesidad de citas y bibliografía. También hemos cuidado —los editores y la autora— los índices detallados de cada uno de los trabajos, con epígrafes y subepígrafes que

creo facilitan una primera aproximación a los contenidos de cada uno de ellos.

En el caso de la fecha en que fue escrito cada capítulo de este libro, es indicativa en general de los límites en que se ha desenvuelto en la bibliografía y en el estado de conocimiento de ese momento, probablemente muy enriquecidos posteriormente. Sobra decir que de tener que reescribir los ensayos ahora, seguramente cambiaría más o menos el énfasis en algunos aspectos y desde luego se añadiría la literatura especializada, pero creo que en general mantendría el núcleo fundamental de todos y cada uno de los escritos que aquí aparecen. Hay temas que hubiera querido desarrollar más allá de lo que aquí figuran; hay bastantes otros que mantengo en el telar desde hace años, como les pasa a otros muchos investigadores, para los que se acumulan carpetas y fichas –ahora más fáciles de guardar en el ordenador– sin perder la esperanza de que algún día salgan a la luz; hay también aspectos que van publicándose de una manera u otra por imperativo demandante desde el exterior y que *tiran* de otros hilos investigadores. Siempre en estos casos recuerdo la sabiduría del novelista Kazuo Ishiguro cuando, en una entrevista de 1997, al reflexionar sobre nuestra capacidad de elección, señalaba que

[...] las personas tienden a hacer lo que la vida les deja. Todos somos empujados (aunque sólo en parte, precisa en otro lugar, pues el margen de responsabilidad es amplio) hacia un lado u otro por las obligaciones de los demás, o por los pequeños deberes de la sociedad en que vivimos, o por accidentes, o por lo que la vida te permite o no te permite hacer. [...] Lo que pasa es que la vida urge. Está llena de muchas obligaciones pequeñas pero urgentes [...] y son esas pequeñas obligaciones las que al final deciden cómo emplear la vida...

Quizá la mayor suerte que puede caber es que esas urgencias, en lo que al trabajo se refiere, vengan dadas, como es el caso aquí, a través de estudiar y obligar a transmitir aspectos de nuestro pasado que convergen en un mayor conocimiento y profundización de la historia de España y de nosotros mismos.